HOMILÍA XIX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO CICLO "B"

"YO SOY EL PAN VIVO BAJADO DEL CIELO"

I.- LAS LECTURAS.

*** Primer Libro de los Reyes 19, 4-8.** Elías está hambriento y desea morir, pero Dios le ofrece un pan para que no desfallezca en su caminar por el desierto hasta llegar al monte de Dios. "Con la fuerza de aquella comida, caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios, el Horeb".

*** Salmo Responsorial 33.** "Gustad y ved qué bueno es el Señor, dichoso el hombre que se cobija en él". Dios nos ama y no nos abandona en nuestro caminar por este mundo hacia el cielo. Por eso "guarda tu lengua del mal, tus labios de decir mentira; apártate del mal y obra el bien, busca la paz y anda tras ella".

*** Carta de San Pablo a los Efesios 4, 30-5, 2.** "No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, con el que fuisteis sellados para el día de la redención". "Sed imitadores de Dios como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por vosotros como oblación y víctima de su suave aroma". Los cristianos debemos imitar a Dios y vivir amando como Jesucristo nos amó hasta dar su vida por nosotros. Por eso, vivamos en el amor como Cristo.

*** Evangelio según San Juan 6, 41-51.** "Nadie puede venir a mí, si no lo atrae el Padre que me ha enviado". Jesús se muestra y se revela como el verdadero pan enviado por el Padre: "Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo".

II.- SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

1.- Contemplemos al Señor

Recordemos estas enseñanzas del Concilio Vaticano II sobre Jesucristo:

"El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado.

Cordero inocente, con la entrega libérrima de su sangre nos mereció la vida. En Él Dios nos reconcilió consigo y con nosotros y nos liberó de la esclavitud del diablo y del pecado, por lo que cualquiera de nosotros puede decir con el Apóstol: "el Hijo de Dios me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gál.2,20). Padeciendo por nosotros, nos dio ejemplo para seguir sus pasos y, además, abrió el camino de la vida, de la santidad, de la salvación.

Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad. Cristo resucitó, con su muerte destruyó la muerte y nos dio la vida para que, hijos en el Hijo, clamemos en el Espíritu: ¡Abba, Padre!" (GS 22).

"Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo, a fin de que pueda responder a su máxima vocación, y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse. Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se hallan en su Señor y Maestro" (GS 10).

A.- Jesús es el verdadero pan de vida que ha bajado del cielo. Tanto nos amó el Padre que nos ha entregado a su propio Hijo para que tengamos vida y vida en abundancia, para que no tengamos ya hambre. Jesús es el verdadero pan del cielo. Jesús es superior al maná que Dios dio a los israelitas en el desierto porque los israelitas comieron el maná y murieron; en cambio, el que coma del pan que Cristo le da no morirá.

B.- Jesús es el alimento que nos proporciona la vida y la resurrección ya que el que coma de este pan vivirá para siempre. Jesús pasa del pan material que les ha ofrecido y regalado al pan verdadero que da la

vida. El que come del pan material volverá a tener hambre, pero el que coma del pan que Jesús le da no tendrá ya hambre.

C.- El que cree tiene vida eterna. Jesús invita a todos a no quedarse en el pan que les ha alimentado. Han de creer en Él, que es "el pan bajado del cielo", y que es él. No demos la espalda al Señor.

D.- Nadie puede venir a mi, si no lo atrae el Padre que me ha enviado. No se trata de un ir material a Jesús; muchos vieron a Jesús pero no creyeron en Él. Jesús nos invita a "ir a él", es decir, a creer en él. Tengamos presente que la fe es un don de Dios que implica la subjetividad humana: "cuando Dios revela hay que prestarle la obediencia de la fe (Rm.16, 26; cf. Rm. 1,5; 2 Cor. 10,5-6), por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios…" (DV 5).

E.- Jesús anuncia y promete la Eucaristía que es el sacramento de la presencia real, verdadera y sustancial de Cristo bajo las especies de pan y de vino. Del pan material Jesús pasa al pan de la vida; y del pan de la vida, Jesús pasa a otro pan misterioso y potador de vida eterna: la Eucaristía que Él promete y anuncia.

2.- ¿Qué nos pide el Señor a nosotros hoy?

A.- No nos quedemos en el pan material

Los judíos se quedaron en el pan material que Jesús multiplicó y les ofreció. Ellos se fijaron solo en la satisfacción de la propia necesidad. Solo pretendían seguridades humanas. No buscaban a Jesucristo, el autor del pan.

También nosotros podemos quedarnos en las cosas materiales y no descubrir al Señor y adherirnos a Él. "No podemos servir a Dios y al dinero".

¿Nos diría el Señor a nosotros hoy lo mismo que les dijo a los judíos: "me buscáis no porque habéis visto signos sino porque comisteis pan hasta saciaros?".

No nos dejemos llevar ni seducir por la idolatría del dinero, del poder, del placer… Los ídolos ni salvan ni liberan al hombre sino que lo esclavizan y lo encadenan.

Trabajemos por el alimento que perdura dándonos la Vida definitiva.

B.- Busquemos siempre la Vida verdadera

Los judíos de entonces creían de alguna forma en Jesús pues esperaban que Jesús les resolviese sus problemas, pero no le dieron su fe y adhesión personal. No buscaban a Jesús, sino que buscaban que Jesús les diera el pan. No lo buscaban a Él que es el Pan vivo bajado del cielo.

Jesús nos invita a buscar el Pan que nos alimenta y nos da la vida verdadera. Este Pan es superior al pan material y al "maná" que Dios dio a los israelitas en el desierto.

Este Pan es Jesucristo. Es el pan que nos da la vida verdadera y permanece para siempre. No olvidemos las palabras inmensas que Jesús les dijo y nos dice a nosotros hoy: "el que viene a mí no pasará hambre, el que cree en mí no pasará nunca sed"

No nos dejemos seducir por las cosas de este mundo ni les demos el corazón pues nos dominaría y nos convertirían en esclavos…

C.- El que cree tiene vida eterna

Ha llegado el momento de volver al Señor, de creer en Él. Examinemos nuestra fe. Es verdad que la fe es un don y una gracia de Dios. Por eso debemos pedir y suplicar al Señor con aquellas palabras: "¡Señor! Yo creo, pero aumenta mi fe". Pero la fe implica la subjetividad humana. No lo olvidemos.

Tengamos siempre presente que una fe que no se forma de forma adecuada para así poder dar razón de ella a quien nos la pide; una fe que no se celebra en la Eucaristía y en los sacramentos; una fe que no se vive en la existencia personal; una fe que no se testimonia en la historia a través de la caridad…es una fe que puede deteriorarse, perderse…

Por otra parte, procuremos no exponer nuestra fe al ateísmo, al agnosticismo, a la indiferencia religiosa…

Recordemos que el lema de nuestro XIV Sínodo diocesano es claro a este respecto pues dice: "caminar juntos con Cristo para: buscar, renovar y fortalecer la fe". Además este Sínodo tiene como finalidad general: "renovar nuestra Iglesia diocesana, fortalecer la fe y la vida cristiana de sus miembros y buscar las formas más adecuadas para el anuncio del Evangelio en las circunstancias actuales de nuestra Diócesis de Coria-Cáceres".

D.- Vayamos a Jesucristo

Acerquémonos a Jesús con fe y amor y digámosle como Simón Pedro:

- “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (Mt.16,16).
- “Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios” ” (Jn. 6,68-69).

En comunión con la fe de la Iglesia proclamamos nosotros:

¡Señor!
Tú eres el Hijo de Dios hecho hombre.
Tú eres el camino, la verdad y la vida.
Tú eres nuestro Redentor y Salvador.
Tú has devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado.

“El misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado…Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al hombre y le descubre la sublimad de su vocación” (GS 22).

E.- Redescubramos el misterio de la Eucaristía

En las últimas palabras del evangelio de este domingo, Jesús nos ha anunciado y prometido la Eucaristía, que es el sacramento más excelso y grande de todos porque “no solo nos da la gracia santificante como los demás, sino que nos da al Autor de la gracia, que es Jesucristo”.

Jesús nos anuncia la Eucaristía, su presencia real, verdadera y sustancial entre nosotros, ofreciéndose como el verdadero alimento que nos da la vida verdadera.

No dejemos solo al Señor en el sagrario de nuestras Iglesias.
Visitemos con frecuencia al Señor en el sagrario.
Dediquemos tiempo a estar con el Señor en diálogo entrañable y confiado.

Con fe viva y alma limpia de pecado, comamos el Pan Eucarístico y así podremos caminar en la presencia de Dios y al servicio de los demás durante toda nuestra vida en peregrinación hacia la Casa del Padre.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

Hagamos nuestras las recomendaciones de San Pablo en la segunda lectura de este domingo:

- "No pongáis triste al Espíritu santo de Dios
- Desterrad de vosotros la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda maldad.
- Sed buenos, comprensivos, perdonándoos unos a otros como Dios os perdonó en Cristo.
- Sed imitadores de Dios, como hijos queridos.
- Vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros a Dios como oblación y víctima de suave olor".

III.- DE LA PALABRA A LA EUCARISTÍA

"Cuantas veces se renueva sobre el altar el sacrificio de la cruz, en que nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolada (ICort.5,7), se efectúa la obra de nuestra redención.

Al propio tiempo, en el sacramento del pan eucarístico se representa y se reproduce la unidad de los fieles, que constituyen un solo cuerpo en Cristo (cf. ICort.10,17).

Todos los hombres son llamados a esta unión con Cristo, luz del mundo, de quien procedemos, por quien vivimos y hacia quien caminamos" (LG 3).

IV.- DE LA EUCARISTÍA A LA MISIÓN

Una vez más el Señor nos envía al mundo diciéndonos: "id y proclamad el evangelio a todas las gentes…Yo estoy con vosotros…hasta el fin de los tiempos…".

Recordemos estas enseñanzas:

En nuestro tiempo, "hemos de promover la nueva evangelización con nuevo ardor, con nuevas expresiones, con el fervor de los santos, en comunión eclesial, con palabras y signos que la acrediten y siempre con la ayuda del Espíritu Santo…" (San Juan Pablo II), ya que "no habrá nunca

evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo" (EN 75). "Evangelizadores con Espíritu quiere decir evangelizadores que se abren sin temor a la acción del Espíritu Santo (…) El Espíritu Santo, además, infunde la fuerza para anunciar la novedad del Evangelio con audacia (parresía), en voz alta y en todo tiempo y lugar, incluso a contracorriente. Invoquémoslo hoy, bien apoyados en la oración, sin la cual toda acción corre el riesgo de quedarse vacía y el anuncio finalmente carece de alma" (EG 259).

"Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar esta llamada: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio" (EG 20). En esta "nueva etapa evangelizadora" hemos de salir a las calles y plazas, a los caminos y a las periferias, a los nuevos areópagos y cruces de caminos a anunciar a Jesucristo.

El Señor nos envía a predicar el Evangelio a todos, pero no nos abandona ni nos deja solos. Aunque tengamos dificultades y experimentemos sufrimientos y persecuciones, no perdamos la esperanza. El Señor está a nuestro lado y no nos deja solos. Confiemos en Él.

No olvidemos que "el hombre y la mujer de nuestro tiempo escuchan mejor al testigo que al maestro; y si escuchan al maestro es porque es testigo". "Jesús quiere evangelizadores que anuncien la Buen Noticia no solo con palabras sino sobre todo con una vida que se ha transfigurado en la presencia de Dios" (EG 259).

Que la Virgen Santísima, estrella de la evangelización nos ayude siempre en la realización de la evangelización.

Terminamos. Unidos en la oración
Cáceres 3 de agosto de 2015

Florentino Muñoz Muñoz